

pital al sucesor de M. Corta, M. Langlais. Como se sabe, este consejero de Estado habia sido enviado de Francia á instancias de Maximiliano, para limpiar las caballerizas de Aujias, adonde las aduanas y los impuestos eran pillados por los primeros servidores de la corona. Por todas partes sucedia lo mismo en los ramos de la administracion mexicana.

No habia contribuido poco otro pretexto de turbacion á retardar los resultados de la obra del cuerpo espedicionario, el cual rivalizaba en actividad, sin contar sus pérdidas ni sus fatigas, y sin desalentarse por los obstáculos de todo género que encontraba á su paso. No se reorganiza una nacionalidad sino por un trabajo rudo y mil sacrificios locales. La division territorial, que habia sido preciso hacer para la nueva ereccion de grandes comandancias militares, habia atacado vivamente el espíritu de rutina de los propietarios de fincas rústicas, y sobre todo los hábitos del partido clerical, cuyos centros de accion cambiaba. Una parte de los hacendados descontentos, sin atreverse á proceder aún de una manera abierta contra el imperio, ayudaba á la rebellion, daba hospitalidad y dinero á las *guerrillas*, y dándoles remonta para su caballería, guardaba los caballos heridos ó cansados de los partidarios ó bandidos, que reclamaban sus monturas desde que estaban útiles para servir.

En el curso del año de 1865, la marina y el ejército francés habian hecho un esfuerzo tan vigoroso, desde el golfo hasta el Pacífico, que menos de 29,000 hombres habian visitado y guarnecido todos los puertos y todas las capitales de los Estados de aquel inmenso imperio, escepto las de Guerrero y Chiapas. En aquella época demostramos, en una revista francesa, \* que esa difusion militar era una grave imprudencia, y debia crear peligros para el porvenir. Valia

\* "Revista de Ambos Mundos" de 15 de Setiembre de 1865: el imperio de México y probabilidades de su porvenir.—(N. del A.)

mas estender progresivamente, y segun los recursos con que se contaba, una dominacion pacífica, halagando todos los intereses, y ampliando poco á poco un círculo sólidamente armado, que querer cubrir rápidamente vastas soledades en las cuales habia dispersos algunos pequeños centros: porque se podia preveer fácilmente que, no muy tarde, seria necesario abandonarlo todo, viniendo por consiguiente los horrores de la guerra que acompañan siempre á una retirada. Sin embargo, nuestras columnas, atravesando inmensas praderas, habian invadido la capital de Chihuahua, último refugio del presidente de la República: en el imperio circuló entonces la noticia oficial de que Juarez habia abandonado el suelo mexicano. El fugitivo de Chihuahua se habia refugiado en *Paso del Norte*, pequeño pueblo cuyas casas están alineadas á lo largo de la orilla del *Rio Grande*. A cien metros del otro lado del rio, se llega á los Estados- Unidos. Fácilmente se comprenderá que, en semejante posicion, el presidente Juarez, cuya captura, por otra parte, en nada habria modificado el carácter de la resistencia de los liberales, estaba enteramente al abrigo de nuestras tropas. Apenas se anunciaba la aparicion de un soldado, cuando Juarez atravesaba el rio, para repasarlo cuando habia desaparecido el peligro. Así fué como, durante diez y ocho meses, ha vivido Juarez sobre el Rio Grande, de acuerdo con el gabinete de Washington. Para estorbarle que volviera á pisar el territorio, se podia vigilar toda la ribera del rio que desde este punto descende hasta el golfo?

Entónces fué cuando apareció el famoso decreto de 3 de Octubre de 1865, que ha costado tantas lágrimas. Es de muy alta importancia señalar su verdadero origen y hasta donde habia de llegar su aplicacion. Pero digamos desde luego que sorprende dolorosamente ver que los ministros que autorizaron con su firma este decreto, y que despues abandonaron á Maximiliano, refugiándose en Francia y en

Paris, no hayan levantado aún su voz en favor de la defensa ó de la memoria del soberano que habia firmado y concebido ese funesto *bando*: porque ellos recojieron la verdad en pleno consejo, y de los mismos lábios imperiales.

La satisfaccion fué grande en palacio, desde que llegó la noticia á México de que Juarez habia atravesado la frontera en *Paso del Norte*. Entonces el ejército franco-mexicano ocupaba todas las posiciones fuertes. La desaparicion del gefe republicano hacia esperar que disminuirian las hostilidades del partido liberal, casi destruido y privado de direccion. Maximiliano, que se creia de buena fé el elejido de un pueblo cansado de convulsiones y de desórdenes, y que llevaba con altivez su papel de salvador, se persuadió fácilmente de que los juaristas estaban derrotados, y que honrando al partido vencido, iba á dar un golpe decisivo á la resistencia, que solo la harian en lo sucesivo las gavillas de bandidos: entonces anunció á su consejo el proyecto de ofrecer á Juarez la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, y su deseo sincero de atraer en torno suyo á todas las ilustraciones del país.

Como medio de iniciar las negociaciones, redactó el decreto de 3 de Octubre. En efecto, en la introduccion de este decreto, estableció que la causa republicana habia perdido su último sostén, y sus considerandos eran un homenaje tributado al carácter de Juarez. En cuanto al decreto mismo, ciertamente no se dirigia, segun la intencion del emperador, sino contra aquellos cuya táctica era abrigar sus latrocinios bajo una pretendida bandera republicana. Este funesto decreto, cuya minuta original puede consultarse, estaba escrito por el mismo Maximiliano, aunque tenia á su lado un secretario. Todos sus ministros que aprobaron la idea, pusieron al calce de él sus firmas. Solo el mariscal no lo firmó. Antes de darle un carácter oficial, Maximiliano creyó que debia consultarlo con el mariscal. Del cuartel general

se le contestó que lo que se notaba desde luego era que los considerandos del decreto, siendo tan satisfactorios para el presidente, á quien se combatia como enemigo de la Francia, parecerian dirigidos contra la intervencion; y que, por otra parte, además de esta mala interpretacion, era inútil ese acto, puesto que las cortes marciales funcionaban, teniendo por garantía la conciencia de los oficiales franceses: que además, era impolítico ese decreto, porque hacia que fácilmente mexicanos fuesen jueces de mexicanos, y que todo lo odioso de esta medida redundaria en contra del soberano, cuya facultad mas bella era la de hacer gracia. El emperador, al ver la entera aprobacion de sus cinco ministros, y persistiendo en su primera idea de atraerse á Juarez con esta pública declaracion emanada del trono, se desatendió de estas observaciones. A última hora, el general en gefe, que era quien debia ejecutar ese decreto, porque tal era su deber como gefe de ambos ejércitos, pidió y obtuvo que se agregase un artículo adicional, en el cual se multaba á los hacendados convictos de haber ocultado las armas y los caballos de los rebeldes.

Ese decreto del 3 de Octubre que debia encender de nuevo la guerra civil, satisfaciendo ódios particulares, fué el suicidio de la monarquía, arrastrada por ilusiones caballerescas y por las tradiciones de los países civilizados. Juarez, que no habia abdicado sus derechos, debia sin duda rechazar toda oferta de conciliacion, y el ostracismo lanzado contra los *republicanos puestos fuera de la ley*, hizo esplosion en los Estados-Unidos, adonde levantó ódios contra un príncipe y una princesa que sin embargo llevaban la generosidad hasta el exceso. Porque, muchas veces, en sus arranques de sensibilidad, la familia imperial, cuya buena fé se sorprendia tan fácilmente, habian, sin razon, enervado la justicia de nuestras cortes marciales. Tal es la historia de ese episodio que no puede ser una mancha para la noble víctima de Querétaro.

Se habia presentado un momento, al nacer el imperio, en que una parte de la poblacion, tanto por cansancio del desorden, como por espontánea simpatía hácia los nuevos soberanos, se habia preparado para intentar sériamente un ensayo de monarquía. Esa hora preciosa se habia desvanecido sin que la corona, por falta de iniciativa, hubiese sabido aprovecharse de ella: y la carta siguiente de la emperatriz Carlota, princesa de una alta inteligencia y de un gran corazon, que se mezclaba de una manera muy activa en la direccion de los negocios militares y políticos, indica muy claramente el poco caso que se hacia del elemento indígena, lo mismo que el proyecto firme de la corona, de no dejar arruinar el tesoro mexicano, en la conviccion de que los fondos franceses bastarian á todo. Esta carta prueba tambien que las intrigas de palacio, hostiles á los oficiales franceses, se agitaban al rededor del trono desde el principio de la monarquía.

*“México, 16 de Setiembre de 1864.*

“General: Se me pide mi opinion respecto á la carta adjunta; pero como se trata de generales, quiero ante todo conocer la vuestra. Por mi parte, creo que es solo una intriga que prueba lo contrario de lo que se quiere demostrar.

“Dignaos siempre informarme y devolverme la carta, despues de leerla, porque Velazquez quiere que le dé una contestacion mañana.

“Velazquez pasará ademas á vuestro alojamiento para tratar diferentes cuestiones de que nos hemos ocupado en el Consejo. La mas importante es la pacificacion de la Sierra. El prefecto de Tulancingo tiene algunas ideas sobre esto, que no son malas. Me parece que enviando algunos destacamentos que permanezcan en algunas localidades, y otros que

espedicionen por el país, se obtendrán buenos resultados. Solamente os suplicaría que en este caso me diéreis aviso, á fin de que las autoridades civiles tomen medidas, de acuerdo con las vuestras, para secundar la empresa.

“Si fuere posible conocer con anticipacion algunos movimientos, conservando siempre el mayor secreto posible, creo daria buen éxito, y que en el tránsito de las tropas se podia ir dando alguna organizacion á aquellos pueblos.

“En cuanto á los indios que quieren defenderse de los *plateados*, me direis si creéis que seria bueno darles armas. Esto comienza á ser muy frecuente, y en cuanto á dinero, el gobierno ha resuelto no darlo á nadie.

“Creed, general, en mis sinceros sentimientos.

CARLOTA.”

“Espero que sabeis lo que concierne al ejército para el dia 16, así como tambien que desfilará la columna cuando haya yo vuelto á palacio, y ántes de recibir á las autoridades. No me habeis enviado nota el domingo.”

En dos meses la reorganizacion del ejército mexicano, tan laboriosamente consumada por el comandante francés, habia sido destruida por el mismo gobierno. En cuanto á la direccion política y departamental era deplorable. La lentitud de los ministros entendiéndose hasta en las cuestiones personales y en la espedicion de las órdenes, habian dejado caer en la apatía los centros mejor dispuestos. No se sabia adonde escoger hombres capaces de inspirar confianza. Faltaba el estímulo y no se despertaba el patriotismo. Nadie pensaba en salvar la cosa pública entre los imperialistas, apesar de los ejemplos dados por la familia imperial de abnegacion personal. Por todas partes adonde se multiplicaban los franceses venian á estrellarse contra las autoridades desfavorablemente prevenidas ó faltándoles instrucciones. En una palabra, todo el trabajo incumbia á

nuestros oficiales, los cuales, por interés del país, se veían arrastrados poco á poco á afrontar todas las eventualidades. Disgustados tambien de ver á los funcionarios dormirse en una vergonzosa incuria, desacreditar y desalentar públicamente á aquellos de sus compatriotas que se adherían al imperio como á una tabla de salvacion, acabaron por ocuparse de las pequeñeces administrativas de las localidades adonde ejercían su accion militar: se temía que todo fuera arrastrado por la ola de la insurreccion, que tomando su fuente en la frontera americana corria ya del Norte al Sur.

No podrá arrojarse sobre Maximiliano la responsabilidad de todas las debilidades que debían ahogar á la monarquía: es que faltaba ya el dinero, ese nervio de la guerra. ¿El gobierno francés no era realmente culpable, puesto que había querido, á costa de grandes sacrificios rechazados por la opinion pública, fundar una dinastía estable en México? ¿no era culpable por haber puesto en las manos de su aliado solo 40 millones provenientes de dos enormes préstamos, préstamos por los cuales había, gracias á sus receptores generales, obtenido la realizacion de 500 millones prestados por imprudentes suscritores alucinados ó engañados? No era esto dar á luz, á sabiendas, un reino muerto al nacer? Nuestro ministro de relaciones exteriores estaba bien informado por las noticias militares enviadas por el cuartel general, y no podía por tanto hacerse ilusiones en Paris acerca de la verdadera situacion de México. Sin embargo, con una política llena de inconsecuencia, el gabinete de las Tullerías dejaba desde el principio que se desplomara su obra rehusando los recursos indispensables. A fines de 1865 el tesoro mexicano estaba agotándose, y la mala gestion financiera causaba un aumento en el deficiente que, por otra parte, no podía cubrirse jamás ni con la vigilancia mas severa: porque los ingresos, aun cuando se hubiesen recaudado con regularidad, no pasaban de 90 millones de francos, mientras que

los egresos, sin comprender las amortizaciones, devoraban 150 millones por lo menos. Sin embargo, jamás había sido mas imperiosa la necesidad de dinero.

Ya no podían sostenerse por mas tiempo algunas posiciones militares de la costa del Pacífico. El clima de Acapulco, entre otros, había ejercido una accion tan mortífera sobre los franceses que defendían este puerto, que el comandante d'Assas creyó deber proponer la formacion de un batallon que debía reclutarse en la costa de Tehuantepec entre los indígenas habituados á aquel cielo de fuego. Mas léjos, Parras reclamaba con razon el envío de refuerzos; porque este centro industrial había dado un ejemplo muy raro de energía y de sacrificios, que si se hubiese imitado, habría salvado al imperio. Los habitantes de esta ciudad se habían impuesto voluntariamente un subsidio de 18.000 pesos casi, para levantar una fuerza de 400 hombres, y esto á instigacion de un prefecto enérgico. En aquellos momentos se encontraban sin recursos, y sus soldados se desbandaban, dejándolos espuestos á las represalias de los liberales. El ministro de la guerra, mal informado, negaba la autenticidad de estas noticias alarmantes que habían llegado al conocimiento del emperador. Fué preciso sin embargo rendirse á la evidencia, cuando llegaron á México los gritos de angustia salidos de aquel rincon del territorio.

El mariscal, comprendiendo la necesidad de resguardar aquellas ciudades del Pacífico, centros importantes tanto bajo el punto de vista estratégico como bajo el aduanal, dió la orden á nuestra marina, cuya abnegacion se había puesto á una prueba bien cruel en aquellos peligrosos parages, de que abasteciese el Manzanillo, de tal suerte que nuestros buques de guerra pudiesen aprovechar sus viages por la costa del Manzanillo á Acapulco, á fin de llevar á la guarnicion víveres, carne y medicinas. En cuanto á Parras, deseoso de aliviar á la poblacion, el cuartel general hizo levantar allí

cuatro compañías francas, y consintió en que el tesoro francés les asegurase su sueldo á título de anticipo. Nunca se perdía la ocasión de ayudar á las poblaciones decididas á favor del imperio: sin embargo, esto tenia un justo límite que nuestro comandante militar no podia traspasar. Porque junto á los deseos de la familia imperial estaba su deber de francés, al que no podia traicionar, y que lo obligaba á atender á la seguridad de sus propios soldados. Además, el artículo 2º del tratado de Miramar, que Maximiliano habia firmado con pleno conocimiento de causa, estipulaba que, "desde que tomara el emperador de México posesion del trono, el cuerpo expedicionario quedaria disminuido en su efectivo á 25.000 hombres, inclusa la legion extranjera." Además, este efectivo se iria disminuyendo todavía conforme se fueran organizando tropas mexicanas.

Al contrario de lo que prevenia esta doble cláusula, el ejército francés pasó siempre de 28.000 hombres, á pesar de haber vuelto á Europa la brigada del general Lheriller. Además, esta brigada que apenas llegaba á 4.000 hombres, habia sido reemplazada por la legion austriaca, compuesta de 8.000 soldados: luego las fuerzas habian aumentado en lugar de disminuir. Pero el mariscal no podia con un efectivo, que duplicado cabria fácilmente en el terreno de Longchamps, ocupar convenientemente una superficie de casi 1.800 leguas, y abandonar pequeños destacamentos franceses á todos los accidentes de las defecciones y de las privaciones. Tal era, sin embargo, la pretension del emperador Maximiliano, cuyas tendencias á la difusion militar no cesaban de revelarse: ceder á sus deseos era olvidar la parte de responsabilidad que reportaria el cuartel general en caso de una derrota.

La ciudad de la Paz, capital de la Baja-California, está situada á quinientas cincuenta leguas casi de México, y las comunicaciones con ese punto lejano son escesivamente di-

ficiles. A pesar de todo, en 1865 habia sido visitada por la intervencion, que no se habia retirado sino despues de haber cooperado á la organizacion política y militar de aquel país. Esta ciudad se pronunció de nuevo á favor de los juaristas, despues de la partida de nuestras fuerzas. Al saber esta noticia, Maximiliano escribió al general en jefe las siguientes líneas:

*México, 17 de Diciembre de 1865.*

"Mariscal:

"Acabo de saber que una contra-revolucion ha estallado en la Paz, y que las autoridades imperiales han tenido que retirarse. Esta revolucion ha sido consumada por un centenar de hombres.

"Aunque la importancia política de la Baja-California sea poco considerable, esta revolucion producirá sobre la opinion pública, en los Estados-Unidos y en Europa un efecto fatal, dando ocasion de creer que, lejos de pacificarse el país, por el contrario, perdemos terreno.

"Deseo, pues, me hagais saber si no seria posible enviar á la Paz una compañía francesa, cuya presencia en aquel puerto bastaria para mantener el orden y conservar esa provincia al imperio.

"Vuestro adicto,

MAXIMILIANO."

¿Seria en verdad posible dejar aislada una compañía á semejante distancia del centro de accion, cuando los franceses ocupaban ya en el Pacífico á Acapulco, Guaymas y Mazatlan, y en el Golfo á Matamoros, Tampico, Veracruz, Alvarado, Sisal y Campeche, puestos peligrosos y malsanos, adonde no residian tropas mexicanas? Es necesario reconocer que si los recursos financieros comenzaban á disminuir

en proporciones alarmantes, el ministro de la guerra no podía invocar como excusa de los movimientos de insurrección que se preludiaban, la penuria de los soldados capaces de oponerse á los disidentes: era porque había dejado á los soldados en reposo ó no había sabido emplearlos convenientemente. En cuanto á los puntos adonde brillaban las bayonetas francesas, la tranquilidad estaba asegurada. Una mirada rápida dirigida sobre el cuadro oficial y verídico de las fuerzas de que disponía el imperio en aquella época, ya crítica, escluyendo nuestro cuerpo expedicionario, bastará para convencerse de su suficiencia.

El 31 de Diciembre de 1865 el ejército mexicano contaba en sus filas, sin hablar de una considerable artillería bien municionada: en tropas nacionales, tanto permanentes como móviles y municipales, 35,650 hombres de infantería, caballería y artillería, con 11,073 caballos: de tropas extranjeras: belgas, 1,344; austriacos, 6,545 con 1,409 caballos: lo que hacía un total de 43,519 hombres, y 12,482 caballos.

Como se vé, un efectivo real tan considerable apoyado por los franceses, era capaz, si la dirección hubiera sido enérgica ó inteligente, de asegurar el imperio. Pero, para servirnos de las mismas expresiones del señor ministro de Estado, *Dios no lo quería*. La fuerza, por esta vez al menos, iba á sucumbir bajo una grande idea: el horror á la invasión.

## VI

Hé aquí que entramos al período de los desastres que sucesivamente han agobiado al imperio mexicano. Creemos que ya puede formarse una cuenta exacta de las faltas que los han preparado. Las páginas que van á leerse, al seguir paso á paso los detalles de la larga agonía de un imperio, sorprenderán por la relación de acontecimientos bruscos, compromisos hollados, cambios imprevistos y estraños, á travez de los cuales la política de las dos cortes, la francesa y la mexicana, iba á estrellarse contra las arrogantes amenazas de los Estados-Unidos.

El año de 1866 se inauguró bajo tristes auspicios. Desde los primeros días de Enero estallaron las defecciones por todas partes. El soplo de la desolación había pasado por aquel pueblo. Las bandas de los *guerrilleros* desolaban á Tamaulipas, Nuevo-León y Zacatecas, Estados limítrofes de la Unión. A las puertas de la capital se insurreccionaba Pachuca, y Michoacán levantaba el estandarte de la rebelión. *¡Viva la intervención del Norte!* tal era el grito de guerra de los insurrectos, que pedían el auxilio de la gran república para arrojar á los aliados á la mar. El título de aliados se daba lo mismo á los austriacos y á los belgas que á los franceses. Por otra parte, estos contingentes estran-